



## DE LO QUE LES SUCEDIÓ A UNOS GRANJEROS CON UNOS TRACTORES ENCANTADOS

**E**n un lugar de Italia de cuyo nombre no puedo acordarme, mi amigo Roger, al referirme esta singular anécdota, no hace mucho tiempo que vivía un granjero de los de fértiles tierras, abundantes y bien cuidados animales domésticos, escopeta prevista a cualquier contingencia y moderno tractor.

Así me gustaría seguir este relato, si llegaran tan fluidas las ideas a mi *boli* como lo hacían a la pluma de aquel famoso soldado mutilado, que además nos dejó lo más bello de la literatura desde sus forzados ocios de preso. Pero bueno sea el intento de parodia, si sirve de llamada de atención para que alguien termine leyendo, como Dios me dé a entender contarla, la real historia como me la presentó Roger, que bien ganada tiene toda mi credibilidad.

Hablábamos animosa y distendidamente de los problemas que crean tantas veces las garantías de los fallos de cualquier pieza de recambio; unas, porque el fabricante del vehículo se defiende amparándose en las condiciones de la letra pequeña de su contrato de venta; otras, declinando la responsabilidad de su industria auxiliar. Así salió a cuenta la historia de aquel filtro sin agujeros en su cuerpo interior que produjo tamaña avería en una Sava de Vigo, y aquella tristemente tan desdichada de la puerta de un 1400 C recién estrenado, que se abrió a la salida de la curva de La Bañeza produciéndose un accidente mortal. Íbamos pasando de unas a otras, cuando vino a su memoria y narró la del granjero italiano —o mejor, la de los granjeros, pues son realmente dos— enlazadas por el mismo fallo, las que celebramos tan jocosamente tanto por su falta de auténtica gravedad como por el tiempo y la distancia.

Hace ya muchos años, un fabricante de contactos para motores diésel, cuya marca, por lo viejo de la historia ya no procede traer a cuento, pero que Roger A. Hayam conoce muy bien, sacó al mercado unos modelos que, vaya usted ahora a analizar por qué, tenían algunos el puñetero defecto de que, sin que nadie interviniera y en el momento más imprevisto, conectaban los calentadores y arrancaban inesperadamente el motor. Como estos modelos fueron exportados para su montaje en tractores italianos, fue de allí de donde llegó al fabricante, por medio de un télex de asistencia

**“ Los tractores se ponían en marcha ¡Ellos solos!”**

técnica, el aviso del fallo, así como el comentario de los sorprendentes desajustes que había producido.

Comentaba que dejó tranquilamente nuestro agricultor su tractor en el tajo, para un merecido descanso, ilusionado en seguir arando y preparando bien el resto de su finca para la soñada cosecha; pero como enredara entretanto el ‘duende’ en el defectuoso contacto y no en la dirección del tractor, éste se puso en marcha. Mas como debió de encontrar más fácil circular a solas en espiral sobre la superficie cultivada que roturar sobre lo previsto, consiguió durante la siesta de su dueño destruir la práctica totalidad de siembras y arboladas, fruto de los anteriores esmeros del italiano, del cual sobra suponer la sarta de maldi-

ciones y venablos que debió de soltar, sorprendido y desesperado, corriendo a frenar las travesuras del misteriosamente juguetero o gamberro tractor, así como los argumentos de reclamación que maquinaría envuelto en su mayor asombro.

Pero no deberían de ser menos los de un paisano suyo, que habiendo dejado su tractor a la puerta del porche, tras una bien cumplida jornada, y cuando ya intentaba conciliar su merecido sueño, oyó cómo su tractor, por la misma ‘diabólica’ causa, arrancaba y se alejaba de su aparcamiento y, alentado por las fantasías de las sombras, cual nuestro Don Quijote ante los molinos, sólo vio gigantes y fantasmas que intentaban robarle su preciosa máquina, recurriendo sin más contemplaciones a su siempre dispuesta escopeta, con la que le acertó en sendas perdigonadas, que aparte de los seguros deterioros, sirvieron para que nuestro asustado granjero se atreviera a llegar a atraparlo, confundido igualmente entre sobresaltos y asombro, maldiciones, pataleos y autoconsuelos de mal menor, que no será mucho suponer que le llevaron en algún momento al borde de la locura.

Nada sé sobre si llegó o no alguna indemnización por estos daños, pero aunque así fuera, ¿quién le privará del repetido espanto a nuestro hombre cada noche que oiga arrancar un tractor, o le convencerá de que tenga descargada su escopeta?

Señores fabricantes: ya sabemos muchos de los fallos en piezas que no cumplen el buen fin que se pretende, pero, por favor, esmérense en las que además pueden afectar a la salud mental de los usuarios. ♠